confianza, dijo, dirigiéndose á la mencionada imagen: Madre mía, cuando vivías en este mundo fuiste amantísima de la virtud de la obediencia, y nunca os cansásteis de recomendarla á vuestras hijas. Ahora nos vamos, y vos aquí quedáis; y por el oficio de prelada que tengo, os encargo que no os dejéis ver de los franceses. Tal dijo la candorosa priora en aquellos momentos de angustia y desconcierto, y la verdad es que le valió, según después manifestó el suceso.

Apoderados los franceses de Alcalá, todo lo invadieron. Entrando en el monasterio de las Carmelitas, fuéronse corriendo á la celda de la Santa, con intento de forzar la puerta ó hacerla pedazos con un hacha. Por más golpes que dieron, no pudieron hacer saltar la cerradura, y viendo que eran inútiles sus esfuerzos, acudieron los invasores á una ventana de la dicha celda. Quisieron deshacerla á balazos, pero después de infinitos disparos, y fatigados lo increible, nada consiguieron. Empeñados todavía en penetrar en la celda, que por ninguna via podían abrir, entraron en la de la priora, contigua á la de la Santa. Comenzaron á perforar el tabique que las separaba, y ya no les faltaba mas que como el canto de un duro, cuando cansados de tanto trabajar en vano, desistieron de su intento, y se fueron. Lo más admirable fué, que junto á la ventana de la priora habíase quedado olvidada la llave de la celda de la Santa, y con haber entrado en aquella tantos franceses, á ninguno se le ocurrió el probarla.

Cuando tornaron las pobres monjas á su convento, y vieron la llave donde estaba, y supieron el empeño de los franceses por penetrar en la celda de las reliquias, no pudieron menos de reconocer el dedo de Dios, y lo mucho que les había favorecido la Santa Fundadora, celosisima del cumplimiento de la obediencia.



CAPÍTULO VIII.

De los escritos de la Santa. — El libro de su Vida. — El Camino de Perfección. — Conceptos del amor de Dios, -Exclamaciones o meditaciones del alma a su Dios. El Castillo interior o las Moradas. — Como nuestra Madre era ayudada maravillosamente de Dios para escribir dicha obra. — El libro de las Fundaciones. — Las cartas.—Loesía escogida,



NA de las cosas que más han enaltecido el nombre de Santa Teresa, han sido sus admirables y nunca bien ponderados escritos.

Ellos le han merecido justamente el honorifico título de Mística Doctora, y por ellos vivirá eternamente en la memoria de las generaciones venideras. ¡Qué gracia en el decir! ¡qué pureza de doctrina! ¡cuánta claridad y sencillez en exponerla y cómo cautiva el corazón! Con la sublimidad de sus celestiales conceptos, lo mismo asombra al sabio, que regala al ignorante, y presta luz y aliento al descaminado y flaco. Á todos hace amable la virtud, y asequible la oración y trato con Dios. Y como sus palabras salían de pecho abrasado en amor divino, avivan la llama de la caridad en quien las lee, y deshaciendo el hielo de la tibieza, enfervorizan el espíritu, y engendran hastío á las cosas de la tierra. Por eso hombres gravísimos dijeron de Teresa, que no era simple escritora y santa, sino voz del Espíritu Santo que clama en el desierto de este mundo, llamando á todos á las bodas del Cordero, y al deleitoso lecho de Salamón.

Cúmplenos dar en este capítulo noticia breve de tan admirables escritos, diciendo cuándo y por qué los compuso la Madre Teresa; qué es lo que en cada uno de ellos trata; y dónde se encuentran al presente la mayor parte de sus estimadísimos autógrafos.

No haremos aquí mención del libro novelesco que con la intervención del hermanito Rodrigo escribió allá en su primeros años, imitando los de caballerías á cuya lectura, con desdoro de su cándida alma, habíase aficionado en demasía. Queríala el Señor escritora, no de cuentos y de fábulas, sino de conceptos más sublimes, y dignos de mayor estima. Aprovechóle, sin embargo, la dicha lectura de libros frívolos, en sí más nociva que provechosa, para poder escribir después, según frase de Fr. Luis de León, con elegancia desafeitada, que deleita en extremo.

El primer libro que, siendo ya religiosa, brotó de la pluma de Teresa, fué la relación de su Vida, llamado por ella misma: Libro de las misericordias de Dios. Tiene dicho escrito muchos puntos de contacto con el de las Confesiones de S. Agustín; porque en él la Mistica Doctora, así como en el suyo el humildisimo Obispo de Hipona, pondera sobremanera sus pecados; cuenta con tanta sencillez como verdad las extraordinarias mercedes recibidas, y no pudiendo contener la llama del amor que arde en su pecho, desata la len-

gua en alabanzas del Señor. ¿Quién le podrá leer, siquiera sea con mediana atención, que no saque de él grandísimo provecho para su alma, y cobre especial cariño á la ínclita Reformadora del Carmelo? Dos veces le escribió, y ambas por indicación de sus confesores, los cuales á la vez que se proponían en ello examinar con detenimiento el espíritu de aquella alma privilegiada, deseaban también que todo el mundo se aprovechara de la celestial doctrina que en dicho libro había de derramar, aprendida no en cátedras de filosofía y teología, sino en la escuela del Espíritu Santo.

Comenzóle la primera vez por mandado del P. Dominico Fr. Pedro Ibáñez el 1560 ó 1561, y le acabó, estando en Toledo en casa de Doña Luisa de la Cerda, por Junio del 1562. Ninguna otra noticia se tiene del mencionado escrito, é ignórase al presente dónde se pueda encontrar. Movióse á escribirle segunda vez, por habérselo ordenado el Mtro. Fr. Garcia de Toledo, y por tener entendido que tal era la voluntad de Dios. Redactóle esta segunda vez con distinción de capítulos, y algunas adiciones, en especial lo perteneciente á la fundación de S. José de Ávila. Y por la relación que hace de algunos sucesos se deduce que no debió de terminarle acaso hasta el 1566. Enviado al V. Ávila, á instancias de la Santa, volvió á manos de la misma el 1563 con la censura favorable de que ya tiene noticia el lector. Poco después de la fundación de Pastrana, hallábase en poder de la Inquisición, por haberle delatado la princesa de Évoli, despechada de que nuestra Madre no accediera á sus exigencias. El Cardenal Quiroga le dió á examinar á Fr. Hernando del Castillo, y leyóle también él mismo, quedando sumamente complacido de la sana y edificante doctrina que contenía. El 1575 emitió el P. Báñez su censura favorable al dicho libro, pero tuviéronle guardado en la Inquisición

hasta que yendo la V. Ana de Jesús en 1586 á la fundación de Madrid, le sacó de su poder, para entregarle al M. León, encargado de revisar así éste como otros escritos de la Santa, con el fin de darlos á la imprenta. Consérvase autógrafo en el Escorial, y gracias á la diligencia y celo del Sr. Lafuente le encontramos al presente reproducido por la foto-litografía, pudiendo admirar los amantes de la Madre Teresa, sin necesidad de acudir al original, los rasgos de su inspirada pluma.

Quien guste de sinceridad y llaneza, y de naturalidad encantadora, lea y relea este escrito, donde tan bien se trasparenta el alma gigante y humilde de la Madre Teresa. No ha faltado, sin embargo, un desdichado escritor que mal avenido con la virtud y belleza moral, y alardeando de crítico imparcial, se haya atrevido á infamar el buen nombre de la Santa, presentando al público, de repugnante manera y del todo contrahecha la gran figura del Carmelo.

Casi al mismo tiempo que su Vida, escribió la Santa otro libro no menos admirable que el precedente, intitulado: Camino de Perfección, ó por otro nombre, del Pater Noster; porque declarando en él la oración Dominical, sin salir de ella, encamina á sus religiosas á la cumbre de la perfección.

Ya en el libro de las Misericordias de Dios había apuntado la Santa Madre acertadísimos documentos para el aprovechamiento espiritual de las almas. Mas no parecía conveniente que en vida de la autora se divulgase lo que tocaba á visiones y revelaciones, y el P. Báñez le indicó que pusiera en tratado aparte las cosas de oración, de tal modo que las religiosas, cualquiera que fuese el camino por donde Dios las llevase, encontraran en él luz y guía para no errar. Teniendo de esto noticia las fervorosas Carmelitas de S. José de Ávila, importunaron á la Santa Fundadora para que

les dejase escrito lo que en materia de espíritu les pudiera servir de grandísima utilidad, y tan bien aprendido tenía ella por experiencia propia.

Accediendo la cariñosa Madre á los ruegos de sus amadas hijas, compuso el Camino de Perfección en 1562, siendo Priora del monasterio de S. José de Ávila, y le volvió á escribir con más esmero en 1569, hallándose en Toledo, y cuando ya tenía fundados otros varios conventos. Como en él se dirige á sus monjas, póneles primero delante el fin de su vocación y llamamiento á la Descalcez Carmelitana, que consiste en seguir con toda perfección los consejos evangélicos, ocupadas de continuo en hacer fuerza al Señor con oraciones y penitencias, para que dé luz y aliento á sus ministros, dedicados á defender la Religión Católica, y á llevar al buen camino á las extraviadas almas. Trata después de remover los obstáculos que impiden el abrazar la vida perfecta, y con suavidad encantadora arrastra los corazones en pos de la virtud, haciéndola tan amable, que no hay voluntad tan rebelde y obstinada, que no se ablande al calor del fuego de amor divino que respiran todas las páginas.

Y aunque dicho libro fué escrito principalmente para las religiosas, no por eso deja de ser de grandísimo provecho para todas las almas cristianas; porque á cada uno en su estado le es dado practicar la virtud con la ayuda de la gracia, la cual de ordinario solo se alcanza mediante la oración. Cómo se ha de hacer ésta con fruto, enséñalo admirablemente la Santa, acomodándose en sus advertencias y consejos á las diversas índoles y espíritu particular de cada uno.

El primer original de tan precioso libro, ó sea el proto autógrafo, consérvase en el Escorial, y es el que debido á los sacrificios y desvelos del dignísimo Don Francisco Herrero, puede el público disfrutar repro-

ducido exactamente por el arte de la foto-litografía, con los mismos trazos y enmiendas de la Santa. El segundo original venérase en las Carmelitas Descalzas de Valladolid (1).

Hacia el 1566 escribía la Santa lo que no ella, sino otros han titulado: Conceptos del amor de Dios sobre algunas palabras de los Cantares de Salomón. El comentar é interpretar la Sagrada Escritura, por mujeres sobre todo, cuando el Protestantismo con su libre examen hacía tantos extragos, era materia bien delicada por cierto; y quizá fuera esto lo que movió al gravísimo P. Yanguas á mandar recoger y quemar dicho escrito. Obedeció puntualmente la humildísima Madre, mas pudo llegar hasta nosotros una copia que cierta monja había sacado furtivamente, y puesto á disposición de la Duquesa de Alba, Doña María Enríquez de Toledo, la cual copia fué aprobada por el P. Báñez, estando en Valladolid, á 10 de Junio de 1575.

En este escrito, tomando la Santa por tema algunos palabras de los Cantares, va discurriendo por la paz y delicias de que goza el alma en los diversos grados de oración sobrenatural á que el Señor la levanta.

Otro opusculito tenemos que en lo tierno y afectuoso se da la mano con el anterior. Intitúlase: *Exclama*ciones ó meditaciones del alma á su Dios, y le escribió la Santa, según el parecer de Fr. Luis de León, hacia el año 1569. Compónese de algunas meditaciones sueltas, coloquios tiernisimos con su amado, desahogos de un alma herida de amor divino, y todo él puede considerarse como un himno de alabanzas, y tributo de sincero agradecimiento á las bondades del Señor. De cuando en cuando prorrumpe en sentidas quejas al considerar las ofensas que de continuo se hacen á un Dios tan amable, que tiene sus delicias en conversar con los hombres, y comunicarles á manos llenas los tesoros inagotables de su gracia.

El Libro más notable de la Santa por la elegancia del estilo, corrección del lenguaje, riqueza de imágenes, elevación de ideas y profundidad de pensamientos, es sin duda alguna el *Castillo interior ó las Moradas*. El motivo que nuestra Madre tuvo para escribir dicha obra, manifiéstale bien claramente el dignísimo Obispo de Tarazona en la relación enviada á Fr. Luis de León, cuando éste se disponía á componer la Vida de la Santa.

Era el año de 1577. La Descalcez Carmelitana en este tiempo hallábase en grandísimo aprieto; y la Santa en cumplimiento de las disposiciones del Capítulo General de Placencia, habíase retirado al monasterio de Toledo. Estando aquí, mandáronla escribir alguna cosa de oración para sus monjas; mas tenía el natural tan desfallecido, y tan flaca la cabeza de la multitud de negocios, á que por fuerza había de atender, que le parecía imposible hacer cosa de provecho. Insistieron sin embargo el Dr. Valázquez, su confesor, y el P. Gracián en que escribiese; y como nuestra Madre era esclava de la obediencia, con la confianza puesta en Dios, resolvió tomar la pluma.

Determinada á escribir, y discurriendo acerca del argumento que había de escoger para dar comienzo á la obra, á tiempo que andaba con grandísimos deseos de ver la hermosura de un alma en gracia, plugo al

⁽I) El Sr. Herrero ha tenido el felíz pensamiento de poner á la par del Traslado del original del Escorial, el de Valladolid. Con esto tenemos juntos los dos originales, y el lector se recrea y deleita, advirtiendo las diferencias entre uno y otro. Además, da curiosas noticias de varias copias de este libro corregidas por la Santa, y de sus principales variantes. Al original de Valladolid es al que de ordinario han seguido en las varias impresiones que se han hecho de las obras de la Mística Doctora.

Señor favorecerla con una visión admirable, mediante la cual, á la vez que satisfacía los piadosos deseos de su Sierva, proporcionábale materia abundante y oportuna para el libro que había de escribir. «Víspera de la Santísima Trinidad, dice el P. Yepes, pensando (la Santa) qué motivo tomaría para este tratado, Dios que dispone las cosas en sus oportunidades, cumplióle este su deseo, y dió el motivo para el libro. Mostróle un globo hermosisimo de cristal á manera de castillo con siete moradas, y en la séptima que estaba en el centro, al Rey de la gloria, con grandísimo resplandor, que ilustraba y hermoseaba todas aquellas moradas hasta la cerca; y tanta más luz participaban cuanto más se acercaban al centro. No pasaba esta luz de la cerca, y fuera de ella todo era tinieblas y inmundicias, sapos, viboras y otros animales ponzoñosos. Estando ella admirada de esta hermosura, que con la gracia de Dios mora en las almas, súbitamente desapareció la luz, y, sin ausentarse el Rey de la gloria de aquella morada, el cristal se cubrió de oscuridad, y quedó feo como carbón, y con un hedor insufrible; y las cosas ponzoñosas, que estaban fuera de la cerca, con licencia de entrar en el castillo. Y se la dió á entender que en tal estado quedaba el alma que está en pecado mortal. Esta visión quisiera esta Santa Madre que vieran todos los hombres, porque le parecia que ninguno de los mortales que viese aquella hermosura y resplandor de la gracia que se pierde por el pecado, y se muda súbitamente en estado de tanta fealdad y miseria, sería posible atreverse á ofender á Dios...., Tomó de aquí motivo para escribir el libro de oración que la mandaron; porque entendió por aquellas siete moradas del castillo, siete grados de oración, por los cuales entramos dentro de nosotros mismos; entonces llegamos al centro del castillo y séptima morada donde está Dios,

y nos unimos con él por unión perfecta, cual en esta vida se puede tener, participando de su luz y amor» (1).

Comenzando, pues, la Santa por hacer exactísima descripción del alma que se encuentra en pecado mortal; pintando con vivos colores las miserias propias de tan triste estado, va siguiéndola paso á paso desde que, rotas las cadenas de la culpa que la detenían fuera de la cerca, se determina á entrar en el castillo, hasta que, mediante el ejercicio heróico de las virtudes, y la negación más completa de sí misma, penetra en la última morada, donde reside el Rey de la gloria. Y para que con más acierto pudiera desenvolver el pensamiento, poníala el Señor en los diversos grados de oración, según que los iba escribiendo. Satisfecha la Santa de su obra, ó mejor, de la obra de Dios, porque el reconocer el mérito donde le hay, no está reñido con la humildad, escribía á uno de sus confesores, refiriéndose en sentido metafórico al libro de las Moradas: «Sábese cierto que está en poder del mesmo (del Cardenal Quiroga) aquella jova (el libro de su Vida) y an la loa mucho, y ansi, hasta que se canse de ella no la dará, que él dijo se la miraba de propósito; que si viniese acá el Sr. Carrillo, dice, que vería otra que, à lo que se puede entender, le hace muchas ventajas; porque no trata de cosa, sino de lo que es Él, v con más delicados esmaltes y labores, porque dice que no sabia tanto el platero que la hizo entonces, y es el oro de más subidos quilates, aunque no tan al descubierto van las piedras como acullá. Hizose por mandado del Vidriero (Su Majestad) y parécese bien, á lo que dicen» (2).

⁽¹⁾ Vid. de S. Ter. t. II p. 9.

⁽²⁾ Carta CLXXI.

Dió principio la Santa á esta obra en 2 de Junio de 1577, continuóla en Segovia y Medina, y la acabó en Ávila, vispera de S. Andrés del mismo año. De la asistencia especial de Dios que para escribirla tuvo, hay varios testimonios. Hacialo de ordinario después de comulgar. Estando una noche en Toledo trabajando en ella, entró á darle un recado María del Nacimiento, á tiempo que la Santa había comenzado un cuaderno. Quitándose los anteojos para oir el recado, antes de abajar las manos, quedóse arrobada en aquella postura por algunas horas. María del Nacimiento, que no la perdió de vista, mientras permaneció en aquel dichoso arrobamiento, observó con asombro cómo el papel que antes estaba en blanco, vuelta ya en si la Santa de aquel extasis sublime, teníale escrito de su misma letra; y para que la dicha religiosa que estaba presente no advirtiese el prodigio, arrojó al descuido el cuadernillo en una arquilla.

De Segovia depone Ana de la Encarnación en esta forma: «Una noche escribiendo las Moradas, vi desde la puerta de su celda, á donde estaba esperando si quería algo, que tenía el rostro con una luz muy clara, y esto le duró, y ví por tiempo de una hora, que sería hasta las doce de la noche, que se dejó de escribir, y al punto que dejó el cuaderno se le quitó el resplandor, y parecía que estaba á oscuras, para como estaba con el resplandor; y cuando escribía iba con tanta priesa, y sin detenerse á borrar ni enmendar, que bien parecia ser cosa milagrosa. Yo estaba con mucho cuidado mirando lo que pasaba, y así ví que acabada de escribir la Santa, se hincó de rodillas, y extendió los brazos en cruz, y se estuvo así en oración con los brazos tendidos, sin menearse, ni temblar, más de tres horas, que seria hasta las tres, que fué cuando se levantó, y

· VIDA DE STA TERESA DE JESUS ·

